

Correr. En aquel momento era lo único que podía y debía hacer si quería salvar la vida.

Las ramas y arbustos azotaban mi cuerpo herido. La pierna me continuaba sangrando y el dolor de mis magulladuras se hacía irresistible. Pero no podía permitirme el lujo de parar. No debía, no podía. Ellos me seguían y si me alcanzaban sería el fin, acabaría como los demás.

La oscuridad cegaba mis pensamientos. Sólo el instinto de supervivencia conseguía mantenerme lo suficiente alerta para correr por aquel bosque, a oscuras. Sabía que ellos me acechaban y que podrían estar detrás de aquel árbol o aquel matorral.

Debía estar atento. Mis pies agonizaban al toparse con la tierra y las rocas, y la poca sangre que me quedaba, recorría mi cuerpo cargada de adrenalina.

Todo había ocurrido muy deprisa. El shock que sufría me turbaba el pensamiento, pero los recuerdos comenzaron a aparecer en mi cabeza.

Hacía unas horas estaba dando vueltas con mis cuatro amigos, perdidos por el bosque.

Habíamos planeado hacer una ruta nocturna y avanzar un poco más en el camino. Santiago estaba cerca, y deseábamos con todas nuestras fuerzas llegar a la meta lo antes posible. Veintiún días caminando desde Ronces valles se hacía muy duro y pisar tierras gallegas nos había subido la moral.

Nos encontrábamos perdidos en aquel bosque. Hacía rato que no veíamos ninguna flecha amarilla y los mapas que Carlos llevaba encima no nos servían para nada.

Recuerdo como la oscuridad del bosque y el susurro del viento me erizaba el vello y hacía que mi corazón latiera a mayor velocidad.

No podía más. Nunca había sido un buen corredor y mis fuerzas menguaban. Paré en seco y miré a mi alrededor. Todo me daba vueltas. La noche invadía aquel tenebroso bosque inventándolo más aterrador. El miedo ocasionaba que mi corazón latiera a marchas forzadas. De pronto, un fuerte sonido me cortó la respiración. Unos arbustos próximos comenzaron a moverse dejando ver la silueta de una figura oscura.

-¡Dejadme en paz!- grité con todas mis fuerzas y comencé de nuevo a correr. El recuerdo de cómo habíamos llegado a aquel pueblo me asaltó.

Tras algunos enfados y disputas, encontramos una aldea desconocida que no conseguimos situar en el mapa. Sólo estaba iluminada con la luz de tres o cuatro farolas, dándole un aspecto tétrico. Pocas casas daban cabida en aquella aldea, perdida en mitad del bosque. Estábamos agotados y necesitábamos dormir. Habíamos perdido el tiempo y por si fuera poco no sabíamos donde nos encontrábamos. Marta estaba asustada. Recuerdo como en algún momento había visto en ella brotar las lágrimas de miedo, al pensar que nos habíamos perdido. Pobre ilusa. Hubiera sido lo mejor. Estar perdidos y no haber encontrado aquel lugar.

Dimos una vuelta a la aldea sin encontrar ningún signo de vida. El silencioso susurro del viento balanceaba las ramas de los árboles, como si de una melodía inventada por la noche se tratara. Pero daba miedo. Allí nos encontrábamos los cinco en silencio sin saber que hacer. Progresivamente una fina niebla surgió entre la maleza dotando al paisaje de un aspecto terrorífico.

Mientras Carlos se quitaba su mochila y la dejaba en el suelo, opinó que era demasiado tarde para preguntar a nadie y que lo mejor sería que durmiéramos por allí. Todos asentimos sin mediar palabra. El cansancio nos podía. Decidimos buscar cobijo cerca de alguna casa o algún establo, segundos antes de que todo sucediera.

Escuchaba como me seguían. Se estaban acercando y sería el fin. Estaba indefenso no disponía de ningún arma para defenderme de ellos. Voy a morir y lo peor no es eso, si no lo que harán conmigo después... Una idea surgió en mi cabeza. Quizás la noche podría convertirse en mi aliada. Me esconderé entre los arbustos. ¡Sí, eso haré!

Mientras recorríamos la aldea, pasamos al lado de una casa. Una casa antigua de piedra con una enorme puerta de madera, que se abrió. Todos nos quedamos parados y Marta se agarró a mi, asustada. Al otro lado no había luz. No se veía nada. Sabíamos que debía haber alguien tras la puerta pero no daba señales de vida. La oscuridad estremecía. Recuerdo como sentí mucho miedo en ese momento. Ese miedo irracional que a todos nos invade delante de lo desconocido. ¿Quién se encontraría tras la puerta?

Arturo, el más decidido de los cinco, avanzó enérgicamente hacia la puerta abierta y se situó delante de ella.

-¿Hola?

El silencio se mantenía.

Nuestras miradas se dirigían hacia el interior de la vivienda, mientras la niebla se hacía cada vez más cerrada.

-¿Hola?-volvió a repetir Arturo.

Entonces en ese momento sobrevino algo que nos heló la sangre. Del oscuro interior de la casa brotó una mano empuñando un cuchillo, y de un rápido movimiento degolló a Arturo.

Rojo. Ahora era el color que penetraba en mi mente sin poder apartarlo. El recuerdo de esa imagen de Arturo me ocasionó una punzada en el pecho.

La sangre brotaba a borbotones de su cuello. Arturo, en un acto reflejo, se cogió el cuello con las dos manos y se giró rápidamente mirándonos con unos ojos aterrorizados. Su mirada reflejaba el terror que siente toda persona que sabe que está a punto de morir. Seguidamente se desplomó contra el suelo.

Una figura surgió del interior de la casa empuñando un cuchillo. Era una figura oscura, con la identidad que la noche ofrece tras las sombras.

El grito de Marta fue atronador. Nos miramos los cuatro y corrimos cobardemente dejando a Arturo tendido en el suelo. No podía ser. Recuerdo como el miedo me paralizaba el habla y hacía que mi respiración se hiciera insostenible. Comenzamos a chillar, pidiendo auxilio, pero de nada sirvió. O sí. Fue nuestra perdición. La figura arrancó a correr tras nosotros.

Me escondí entre unos arbustos que me ocultaban completamente e intenté, inútilmente, silenciar mi agitada respiración. El latido de mi corazón era tan fuerte que rompía el silencio de la noche. Unas lágrimas incontroladas comenzaron a nacer en mis ojos. Y el horror hizo acto de presencia. Unos pies calzados con unas botas de montaña se situaban delante de mí. Comencé a temblar. Es curioso como una persona puede estar paralizada por el miedo. No movía ni un ápice de mi cuerpo voluntariamente, pero el

temblor era generalizado. La figura se situaba a escasos metros de mí. Únicamente le podía ver las piernas. Cuando de pronto otra figura llegó.

Me mordí la lengua controlando el grito, al ver como la segunda figura tiraba al suelo algo. La mente me dio vueltas y se me nubló la vista. Era la cabeza inerte de Marta. Y se situaba a escasamente un metro de mí.

Las luces de ciertas casas se encendieron, y recuerdo como incluso llamamos a las puertas de algunas para pedir socorro. Craso error. La figura nos perseguía, y no teníamos tiempo que perder. Necesitábamos ayuda.

Carlos paró en una casa en donde la puerta se encontraba abierta y parecía que había luz en su interior.

-¡SOCORRO!, POR FAVOR, ¡AYUDENOS! – gritó al interior justo antes de que dos figuras (niños parecían), le hicieran caer al suelo, mientras una tercera le asestara una tremenda patada en la cabeza, matándolo en el acto.

Recuerdo como los gritos de Marta eran cada vez más penetrantes y Luis y yo nos mirábamos aterrorizados mientras no parábamos de correr. Debíamos encontrar una salida.

Las dos figuras se marcharon. Ahora era el momento, ¡o quizás no! Debía estar quieto, escondido tras la maleza. Era la única forma de conservar la vida.

En silencio. Así era como debía de mantenerme, pero era imposible. Los gritos de Marta se repetían en mi cabeza ocasionando un eco aterrador.

Nos adentramos en el bosque. Corríamos sin rumbo desquiciados por el terror que sentíamos. Escuchábamos a nuestros perseguidores tras nosotros. La poca gente que

habitaba en la aldea había salido de sus casas y corrían tras nosotros. El terreno era angosto y era necesario mantener la mirada fija en el suelo para no tropezar. Luis cometió el error de mirar atrás, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo.

Rápidamente se puso en pie, pero sus perseguidores estaban en una estupenda forma física y le dieron alcance. Las sombras no dejaban ver claramente a nuestros cazadores. Se intuían bastante atléticos por lo que debían ser jóvenes. El agotamiento comenzaba a pasar factura, llevábamos muchas horas de camino.

Marta se quedaba cada vez más atrás, cuando vimos unas luces tras unos árboles.

-¡Corre Marta!, vamos hacia las luces. Buscaremos ayuda.

Llevaba un rato en silencio. Todo está rojo. Me estoy volviendo loco. La cordura se me escapa poco a poco como se han escapado mis amigos. Me los han arrebatado violentamente. Sí, violencia. Quizás necesitaba eso. Algo con que defenderme.

La pierna me sangraba y la tensión que sufría hacía que mi cabeza latiera arrítmicamente. Punzadas intensas en las sienes ocasionaban que cerrara los ojos. Pero no debía, no podía. De nuevo todo rojo y los gritos. Gritos de horror y dolor.

Marta y yo encontramos una especie de cobertizo. Quizás estaría habitado. Debíamos actuar rápido, se estaban acercando. Paramos un segundo para coger aliento y buscamos una posible entrada. Marta gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda. Pero nadie salió. Era necesario esconderse, habíamos perdido unos segundos valiosísimos y nuestras fuerzas escaseaban. Si continuábamos a la carrera, éramos presa fácil. Apresuradamente dimos la vuelta al cobertizo y encontramos la entrada. La

puerta estaba abierta y escondía un oscuro interior completamente desconocido. Pero el miedo que sentíamos nos impedía valorar el riesgo que corríamos.

Cerca. Seguro que estaban cerca. Los sentía, los escuchaba, los notaba. Tanteé el terreno intentando encontrar algo que me sirviera de arma. Quizás una rama o una roca. Decidí coger una piedra y levantarme. Silencio. Todo era rojo, oscuro. Las ramas de los árboles se movían inventando un sonido que escondía lo realmente aterrador. Su respiración, sus pasos, sus gritos. A ellos.

Cerramos la puerta del cobertizo y nos adentramos en la oscuridad. La luz de la luna se introducía por una ventana dejando ver un montón de paja en un rincón.

-¡Rápido escondámonos!- dijo Marta mientras me empujaba fieramente hacia el pajar. Justo en el momento que nos camuflábamos entre la paja, la puerta del cobertizo se abrió y el terror invadió el lugar. Todo estaba en silencio. La paja nos cubría por completo y Marta y yo nos miramos horrorizados. El miedo nos paralizaba y Marta temblaba al borde del ataque de pánico. No podíamos ver nada, sólo lo intuíamos. Sabíamos que estaban allí. Vigilando. Inspeccionando el lugar. Nos encontrarían, era inevitable. De pronto la puerta se cerró. Marta y yo nos miramos y un gemido de esperanza salió de su boca. Se habían marchado. Seguro. No nos habían encontrado. Estábamos salvados. Nos levantamos empujados por la adrenalina que todavía circulaba por nuestro cuerpo. La oscuridad no dejaba ver nada, sólo nos podíamos distinguir entre nosotros gracias a la luz de la luna que entraba por aquella pequeña ventana.

-¡Dios mío!- grité mientras señalé la ventana.

Marta comenzó a gritar al ver como la cabeza de Luis asomaba inerte por la ventana. Alguien la sujetaba, esa misma persona que seguidamente se asomó. Un hombre con facciones rudas, barba y cabeza rapada les miraba, mientras con un cuchillo hacía el gesto de degüelle. Todo transcurrió muy rápido. La ventana se rompió y el hombre saltó al interior del cobertizo.

Silencio. Todo estaba rojo. Rojo como la sangre de las cabezas inertes de mis amigos. Mi huida se había reiniciado. Ellos me habían encontrado, pero he conseguido defenderme. Gracias a la roca que encontré he dejado fuera de combate a uno de ellos. No creo que lo haya matado pero de momento les he desconcertado. Se que estoy cerca de mi salvación. Veo unas luces a lo lejos. ¡Quizás sea Portomarín! Estoy salvado. No dejaré que me cojan.

Estaba dentro. Había conseguido entrar a través de la ventana. Teníamos que salir de allí. Corrí hacia la puerta e intenté abrirla sin conseguirlo. La habían cerrado por fuera. Marta gritó. Le habían dado caza. El grito venía de alguna parte del cobertizo, pero no conseguía ver nada. Debía escapar, ya no podía hacer nada por ella. -¡Ayúdame!- gritaba. Pero estaba indefenso, no tenía nada con que defenderme. Por mi mente floreció el cuchillo que empuñaba nuestro depredador. La ventana. Era mi única escapatoria. Me abalancé sobre ella, mientras el grito de Marta se apagaba. Era el fin. Ahora vendría a por mí. La ventana era muy estrecha, pero tenía la medida suficiente para huir.

Los cristales rotos desgarraban mi piel, entonces sentí un tremendo dolor en la pierna. Me había herido con su puñal.

En el momento en el que conseguí salir por la ventana, dos figuras más entraron en el cobertizo. Ahora era el momento. Tenía ventaja. Debía correr.

Cada vez están más cerca las luces del pueblo. Ellos están más cerca. Les oigo sus pisadas tras de mí, pero no me alcanzarán. Llegaré antes al pueblo y será mi salvación.

El bosque se acaba. Mis manos están rojas, el dolor de mi pierna es cada vez más intenso. Pero lo voy a conseguir, en unos metros llegaré a las luces. Ya estoy. Pediré ayuda.

-¡Socorro!

El joven llegó a la carretera general, justo en el preciso momento en el que un coche circulaba a toda velocidad por el asfalto y lo envistió. Su muerte fue inmediata. El frenazo del coche resonó en la noche. Y el cuerpo sin vida yacía en el pavimento de la carretera.

Marta y Luis aparecieron sofocados en la carretera contemplando el cuerpo de su amigo.

Marta no pudo contener un grito de dolor y se abalanzó hacia él.

-¡Dios mío! gritó Luis- y dirigiéndose hacia el conductor del coche le espetó que llamara a una ambulancia.

La circulación se paralizó en la carretera, y momentos después llegó un coche de policía seguido de una ambulancia.

En unos minutos llegó Carlos ayudando a Arturo que estaba claramente tocado por la pedrada que acababa de sufrir.

Uno de los policías se acercó a los cuatro amigos preguntando por lo sucedido. Luis explicó lo inexplicable. Estaban perplejos, su amigo había perdido la cabeza. Estaban acabando el camino de Santiago y se perdieron en el bosque. Casualmente habían encontrado una aldea para pasar la noche. Llamaron a una casa para preguntar si existía algún hospedaje en aquella zona y en ese momento su amigo perdió la cabeza. Comenzó a gritar y a correr por la aldea despertando a toda la gente. Los cuatro amigos corrieron tras él para ver lo que le ocurría, pero no entraba en razón. Parecía como si sufriera algún tipo de alucinación. Su amigo estaba aterrorizado. Se introdujo en el bosque y siguió corriendo sin rumbo. Se escondió en un pajar, y cuando intentaron llegar hasta él, rompió una ventana y salió por ella. No entendían lo que le sucedía. Corría, desquiciado, sin rumbo. Como huyendo de algo o de alguien. Incluso les había insultado y agredido. Arturo había recibido una pedrada en la cabeza.

Luis explicó como su amigo salió del bosque e invadió la carretera firmando su fin. El conductor no pudo evitarlo.

Tras la explicación, los cuatro amigos observaron como tapaban el cuerpo inerte.

Nunca debieron iniciar el camino de Santiago.

“ESQUIZOFRENIA PARANOIDE: *Es el tipo más frecuente de esquizofrenia en la mayor parte del mundo. En el cuadro clínico predominan las ideas delirantes relativamente estables, a menudo paranoides, que suelen acompañarse de alucinaciones, en especial de tipo auditivo y de otros trastornos de la percepción.”*